

Fernando Rugitsky

La izquierda latinoamericana, una marea rosa

La Vanguardia, 20 de octubre de 2022.

Esbozo de la economía política reciente de América Latina que analiza el paso del neoliberalismo dominante a finales del siglo XX hasta su cuestionamiento en las últimas décadas.

La reciente victoria electoral de Gustavo Petro y Francia Márquez en las elecciones presidenciales colombianas se inscribe en una tendencia más amplia. Tras sufrir varias derrotas en toda América Latina, la izquierda inicia su regreso a la región. El giro a la izquierda es notable en países donde los partidos de centroizquierda estuvieron en el poder durante buena parte de las dos décadas anteriores (como Argentina, Bolivia y probablemente Brasil) y en lugares que estuvieron un poco al margen de la marea rosa de la década del 2000 (como Chile, Colombia y México). Ahora bien, no se trata de una oscilación del péndulo electoral. La historia política reciente de la región es bastante más convulsa.

En Bolivia, por ejemplo, el presidente de izquierdas Evo Morales fue destituido a finales del 2019, en medio de violentas protestas que lo obligaron a abandonar el país. Luego, tras un año de gobierno interino de derechas, el movimiento que él encabezaba volvió al poder con la victoria electoral de Luis Arce. En Brasil, el Partido de los Trabajadores se vio obligado a abandonar la presidencia en el 2016 como consecuencia de un golpe parlamentario. Dos años después, su principal dirigente, Luiz Inácio Lula da Silva (presidente del país entre 2003 y 2010) fue condenado por corrupción y permaneció encarcelado 580 días. Ahora, encabeza las encuestas para las elecciones presidenciales de octubre.

La complejidad cambiante de la política latinoamericana “desconcierta al observador” y “frustra al teórico”, escribió el sociólogo sueco Goran Therborn hace más de cuatro décadas. Su comentario no ha perdido validez. Tras esta nota de cautela, lo que sigue podría ser un breve esbozo de la economía política reciente de la región.

Del neoliberalismo a la marea rosa

Las políticas neoliberales hicieron su aparición en Chile en los setenta, con la alianza entre los discípulos de Milton Friedman y la brutal dictadura de Pinochet. En la década siguiente, adquirieron protagonismo mundial, tras conquistar EE.UU. y el Reino Unido. Si avanzamos una década más hasta los noventa, nos encontramos con una coyuntura crucial en América Latina. Mientras varios países se alejaban de las dictaduras militares, el evangelio del neoliberalismo ganó terreno con la ayuda del FMI. Ese credo prometió la modernización económica de la región y la superación de las dificultades de la década anterior, caracterizada por las crisis de la deuda externa y la inflación galopante.

En la práctica, la adopción generalizada de unas políticas de libre comercio, la liberalización de los flujos de capital y la privatización de las empresas estatales redujeron la capacidad de los nuevos gobiernos elegidos democráticamente en la región para satisfacer las expectativas creadas por la apertura política. Entre 1991 y 1998 se produjo cierta reanudación del crecimiento del PIB per cápita, que se vio acompañada de un aumento del desempleo y la desigualdad. En semejante contexto de precariedad, la región sufrió golpes devastadores a finales de los noventa. La fuga de capitales desestabilizó los regímenes de tipos de cambio fijos con los cuales la región había logrado, a costa de un considerable sacrificio, controlar la inflación. El resultado fue una oleada de

devaluaciones, impagos y recesiones. El colapso económico no tardó en encender la llama de la insurgencia popular. “Y fue sobre esa fuerza”, afirma el sociólogo chileno René Rojas, “que los gobiernos de la marea rosa llegaron al poder”.

El primer dirigente de centroizquierda en llegar al poder en ese contexto fue Hugo Chávez, que alcanzó la presidencia de Venezuela en 1999. Lo siguieron, en rápida sucesión, Lula (Brasil, 2002), Néstor Kirchner (Argentina, 2003), Tabaré Vázquez (Uruguay, 2004), Evo Morales (Bolivia, 2005) y Rafael Correa (Ecuador, 2006). Los partidos de centroizquierda estuvieron en el poder en esos seis países hasta el 2015, cuando fue elegido en Argentina el derechista Mauricio Macri en la primera de las muchas derrotas de la marea rosa. A lo largo de la década precedente, a esos seis casos se sumarían durante intervalos más cortos dirigentes de otros países sudamericanos con perspectivas políticas similares.

La novedad representada por la marea rosa fue acogida con alivio por la izquierda de todo el mundo, ya que el desafío político al neoliberalismo planteado por los sudamericanos contrastaba con su creciente poder hegemónico en otros lugares, sobre todo en el Norte global. En el 2006, Tariq Ali se refirió a Chávez y Morales como el “eje de la esperanza”. En el 2015, cuando la marea empezaba a retirarse, la filósofa política estadounidense Nancy Fraser afirmó que “América Latina ha presentado una contratendencia democratizadora a la desdemocratización, al tiempo que sostiene la seductora promesa de una alternativa contrahegemónica al capitalismo financiarizado”.

Los números de la marea rosa

En lo referente a crecimiento económico, desigualdad salarial y reducción de la pobreza, los partidos de la marea rosa tienen mucho de lo que presumir. En los seis países mencionados, la tasa de aumento del PIB per cápita se aceleró hasta alcanzar una media anual de un 3,7% entre el 2003 y el 2011, casi el doble que la media mundial en el mismo período. Esa tasa siguió siendo muy inferior a la velocidad de vértigo alcanzada por el crecimiento en Asia oriental, pero supuso de todos modos una mejora sustancial en comparación con los resultados de esos seis países desde los ochenta.

Además, los frutos del crecimiento se distribuyeron de forma más uniforme: el índice de Gini sobre desigualdad, que había aumentado una media de 2,5 puntos porcentuales en una amplia muestra de países latinoamericanos durante la década de 1990, cayó una media de seis puntos en la década del 2000, según las estimaciones de la economista estadounidense Nora Lustig y sus coautores. En una investigación reciente, esos investigadores van más allá y comparan las tendencias relacionadas con la desigualdad en toda la región: la distinción entre los países de la marea rosa y los que no fueron gobernados por partidos de centroizquierda en el período les permite concluir que la reducción de la desigualdad fue mucho más rápida en los primeros.

El éxito de ese esfuerzo redistributivo se basó sobre todo en el aumento del salario mínimo y en la ampliación de las políticas de transferencia social (y, de un modo más tímido, de los sistemas de protección social). Los economistas colombianos José A. Ocampo y Natalia Gómez-Arteaga afirman que la década del 2000 fue una “década social dorada” para la región. Sin embargo, aunque la cobertura de la protección social aumentó de forma inequívoca, parte de dicha expansión se basó en la financiarización de la política social, como argumentó la economista brasileña Lena Lavinas, por lo que es vulnerable a una rápida reversión. En cualquier caso, uno de sus resultados fue la disminución de la proporción de latinoamericanos que viven en la pobreza. De acuerdo con los datos de la

Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas, ese porcentaje pasó de un máximo de un 45,6% en el 2003 a un 27,8% en el 2014.

¿Fue, pues, la marea rosa toda ella de color de rosa? No. El esfuerzo redistributivo se quedó corto en cuestionar los determinantes estructurales más profundos de la desigualdad e hizo pocos esfuerzos para cambiar los regresivos sistemas fiscales característicos de América Latina y para redistribuir la riqueza. Como afirma el politólogo brasileño André Singer, Lula representó la aplicación de un programa de clase centrado en el ejército de mano de obra de reserva, el subproletariado, en lugar de un programa que enfrentara al trabajo organizado con el capital. De hecho, la parte de la renta de la que se apropiaba el 1% superior de la población en los principales países de la marea rosa no disminuyó de modo significativo en la década del 2000 (e incluso aumentó ligeramente en Brasil). La principal consecuencia del esfuerzo redistributivo fue la reducción de la disparidad salarial, preservando en buena parte los ingresos de los capitalistas. La reducción de la desigualdad global requeriría transformaciones más sustanciales.

Extractivismo, crisis y reacción

Los límites más importantes de la marea rosa se pueden evaluar analizando las crisis en las que se vieron envueltos los países de la región en la década del 2010. A partir del 2012, la tasa de crecimiento del PIB per cápita comenzó a desacelerarse en todos los países de la marea rosa. En general, el promedio de los principales países (con exclusión de Venezuela, para que su extraordinario derrumbe no sesgue los resultados a la baja) bajó desde un 3,7% entre 2003 y 2011 hasta un 0,6% entre 2012 y 2019, es decir, antes de la pandemia. Una caída tan sincronizada solo puede explicarse por la trayectoria de los precios mundiales de las materias primas.

En la década del 2000, el capitalismo global consolidó una articulación triangular que atribuía distintos papeles a diferentes partes del mundo. EE.UU., el Reino Unido y la periferia europea se convirtieron en los consumidores del mundo y arrastraron hacia ellos una parte sustancial de la producción mundial. Consumían principalmente bienes producidos en los nuevos talleres del mundo, como Alemania, Japón y, sobre todo, China. En ese reparto de funciones, lo que les quedaba a los países de la marea rosa, así como a la mayoría de los países africanos y a las economías de otros lugares con importantes reservas de petróleo, era el papel de suministrar combustibles, minerales y productos agropecuarios a los talleres del mundo.

La aceleración del crecimiento económico mundial provocada por la articulación triangular dio lugar a un auge de los precios de las materias primas que sería un arma de doble filo para la región. Al principio, atenuó la vulnerabilidad exterior de Sudamérica, estimuló su demanda y amplió el espacio político de la región. Pero cuando en el 2008 se hizo evidente que los cimientos de la articulación triangular eran un castillo de naipes, fue cuestión de tiempo que la crisis sacudiera Sudamérica. A medida que la demanda de los consumidores del mundo se estancaba, las tasas de crecimiento de los talleres del mundo se fueron desacelerando y, como consecuencia, en el 2011, los precios de las materias primas comenzaron a caer.

A pesar de todas las críticas al neoliberalismo (a veces retóricas, otras veces efectivas) y la experimentación con políticas redistributivas, los gobiernos de la marea rosa no pusieron en entredicho en la práctica el papel que se les atribuía en la articulación global del capitalismo engendrado por el neoliberalismo. Su estrategia de desarrollo fue, en última instancia, extractivista; es decir, dependiente de un modo esencial del auge de las exportaciones de productos primarios. Eso es cierto incluso en el caso de Bolivia y

Ecuador, donde se introdujeron radicales innovaciones legales en relación con los derechos de la naturaleza.

La estrategia elegida no solo tuvo consecuencias medioambientales cuestionables, sino que también comportó la imposición por parte de los gobiernos de centroizquierda a los grupos indígenas y a los campesinos un concepto homogeneizador de la modernidad. La socióloga argentina Maristella Svampa habla de “una dinámica vertical que irrumpe en los territorios y a su paso va desestructurando economías regionales, destruyendo la biodiversidad y profundizando de modo peligroso el proceso de acaparamiento de tierras, al expulsar o desplazar a comunidades rurales, campesinas o indígenas, y violentando los procesos de decisión ciudadana”.

La dependencia del extractivismo resultaría ser, en un sentido político y económico, el talón de Aquiles de la marea rosa. El choque económico descendente ejerció presión sobre las políticas redistributivas y volvió a encender las luchas políticas enraizadas en la dinámica de clases. Oleadas de protestas llenaron de nuevo las calles y plazas sudamericanas a partir del 2013 y a menudo fueron reprimidas con violencia. En muchos casos, las clases dominantes aprovecharon la oportunidad para respaldar la sustitución de los izquierdistas por sus representantes políticos preferidos.

Después, vino la derrota. En Argentina, el neoliberalismo a ultranza fue devuelto al gobierno por el voto popular, con Macri, en el 2015. Una transición similar tendría lugar en Uruguay en el 2020. Sin embargo, la hegemonía electoral de los gobiernos de la marea rosa resultó más resistente en Bolivia y Brasil, por lo que sus opositores recurrieron a los golpes de Estado. En Ecuador, el sucesor elegido por Correa, que llegó a la presidencia en el 2017, dio la espalda a sus orígenes de la marea rosa y alineó su gobierno con el giro derechista. El caso venezolano es diferente: allí, el antagonismo político se volvió cada vez más violento, el gobierno abrazó medios abiertamente autoritarios y el estancamiento dio lugar a la actual tragedia humana.

Dos retos para las nuevas izquierdas

La derecha no ofreció una estrategia alternativa que pudiera aspirar a alguna forma de estabilización hegemónica. El giro en las políticas económicas aplicadas tras la derrota de la marea rosa ha hecho más ricos a los ricos, pero no ha convencido al resto de la población. Eso es cierto tanto en el caso de los gobiernos neoliberales más convencionales (en Argentina y Ecuador) como en el caso de la variante de extrema derecha (Brasil). Ahora bien, los pésimos resultados económicos no significan que el giro derechista pueda ser efímero. En realidad, al profundizar la crisis económica y social, los gobiernos de derechas de la región ponen en riesgo las instituciones democráticas y abren con ello la vía para su desafío por parte de la ultraderecha autoritaria. En los últimos años, la crisis de la democracia se ha convertido en un fenómeno verdaderamente global. Sin embargo, no es descabellado considerar que la amenaza autoritaria adquiere una gravedad especial en América Latina, con una cultura democrática poco arraigada y unas clases dirigentes tradicionalmente antidemocráticas. En muchos países, como Brasil, Chile y Colombia, los partidos derechistas tradicionales han sido eliminados y sustituidos por variantes de extrema derecha.

No obstante, en ese contexto explosivo, los candidatos de centroizquierda han triunfado en las elecciones de varios países y apuntan a la posibilidad de una nueva marea rosa. Algunos son herederos directos de la marea original (Alberto Fernández en Argentina y Arce en Bolivia) y otros están abriendo nuevos capítulos de la política de centroizquierda en sus países (Gabriel Boric en Chile, Gustavo Petro en Colombia y Andrés Manuel

López Obrador en México). Los retos de esta última generación de izquierdistas son más importantes que los de sus predecesores.

En primer lugar, para evitar ser una simple pausa momentánea en el descenso de Latinoamérica hacia la autocracia, deben aportar de modo inmediato mejoras concretas en los niveles de vida de las clases populares y mostrarles que la democracia puede funcionar para muchos, no solo para los pocos situados en la cima. Es el único modo de frenar el ascenso de la extrema derecha. Para ello, deberán enfrentarse a los llamamientos neoliberales a la austeridad, que limitan la capacidad del Estado para afrontar los retos planteados por las seculares desigualdades de la región. El hecho de que tanto la Argentina de Fernández como el México de Obrador hayan aplicado estímulos pandémicos muy inferiores (en porcentaje del PIB) a los aplicados por el Brasil de Bolsonaro o el Chile de Piñera indica que no cabe dar por sentado que la nueva marea rosa vaya a enfrentarse a ese desafío.

En segundo lugar, deben ir más allá del extractivismo. Una vez vista la crisis de la estrategia anterior, en sus propios países o en los vecinos, los nuevos dirigentes son conscientes de que deben encontrar un nuevo camino. Ese horizonte no implica, por supuesto, el rechazo a la exportación de recursos naturales, sino más bien el compromiso de construir una economía protegida de la inestabilidad de los precios de las materias primas y que no someta a su población y a su medio ambiente a los intereses del capital extractivista.

Rechazar la austeridad y, al mismo tiempo, superar el extractivismo también exigirá ampliar el espacio político de forma que no dependa de los ingresos por exportación de productos primarios. Varias herramientas podrían ayudar, desde la regulación de los flujos de capital hasta una mayor integración de los sistemas de pago de la región. La actual aceleración mundial de la inflación y la consiguiente contracción de la liquidez global pueden considerarse como un auge de las materias primas a la inversa: contrae el espacio de las políticas y plantea retos a la política económica en América Latina, pero también la ayuda a resistir los cantos de sirena de la estrategia extractivista.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo global prometió que el acceso a las alturas del mundo desarrollado podría concederse a aquellas economías que se integraran en el mercado mundial, bien exportando lo que tenían en relativa abundancia, bien atrayendo la producción manufacturera con mano de obra barata y normativa laboral *favorable a las empresas*. Visto de modo retrospectivo y dado que las jerarquías mundiales en términos de renta per cápita se han mantenido en buena medida inalteradas al menos desde los sesenta, está claro que esas vías eran ilusorias y que quienes afirmaban que el desarrollo en sí mismo era un mito acertaban. Entre ellos estaba Celso Furtado, el decano de los economistas brasileños.

En 1973, exiliado de Brasil y desilusionado tras el entonces reciente golpe de Estado contra el gobierno de Salvador Allende en Chile, escribió: “Para las masas del tercer mundo el dilema consiste en quedarse donde están y que unas pequeñas minorías en sus respectivos países compartan los placeres del estilo moderno de vida, mientras no estén preparadas para construir para sí mismas un destino diferente”. Incluso en su versión más pesimista, Furtado no tiraba la toalla: dejaba abierta la posibilidad de que las “masas del tercer mundo” construyeran para sí mismas un destino diferente al impuesto por el mito del desarrollo. Medio siglo después, cuando la izquierda vuelve al gobierno en América Latina, su esperanza es un faro.